

«por las cuatro partes del mundo; y que la necesidad del día es «hija del tiempo y de la experiencia, que nos amaestra sobre las «desgracias que han venido en pos de aquella época fatal, y sobre «la necesidad de repararlas. Esta necesidad, no lo dudamos, se «hará sentir en los Estados católicos á medida que vayan debili- «tándose los odios y las prevenciones; que el espíritu de partido «se extinguirá en las desgracias comunes; que los soberanos abri- «rán los ojos sobre sus verdaderos intereses; que la impiedad se «manifestará con nuevos excesos, y que el progreso de las cos- «tumbres depravadas convencerá á los espíritus mas obcecados de «este principio de Bacon, á saber: que para educar á la juventud «no hay nada mejor que las escuelas de los Jesuitas.»

Tales fueron los favorables auspicios bajo los cuales se vieron los Padres restablecidos en Europa. Desvanecíanse las pasadas calumnias; las desgracias comunes á todos habian obligado á cada uno á ser justo con los demás. No habia habido aun tiempo de hacerse injusto en el partido adoptado. En vista de las ruinas amontonadas por la revolucion, el pensamiento se manifestaba sin embarazo, sin segundas miras, y proclamaba el restablecimiento de los Jesuitas como la señal de una era mas venturosa.

Alejandro disfrutaba de las ventajas que le proporcionara la prevision de su abuelo y su padre. Los cismáticos del Norte habian conservado á la Religion sus mas intrépidos campeones. Los Jesuitas volvian á la gracia de la Santa Sedé y de los reyes, y el emperador de Rusia no cesaba de poner á prueba su celo. Habia en Astracán católicos armenios que necesitaban que se les sostuviese en su fe, y Alejandro les envia Jesuitas. Prepara nuevas misiones de acuerdo con el P. Gruber, é iba á ofrecerles otros medios de manifestarle su gratitud, cuando en la noche del 25 al 26 de marzo de 1805. Gabriel Gruber pereció víctima de un incendio. Murió rogando por sus hermanos, y bendiciendo á su amigo José de Maistre, que se presentó en el lugar de la catástrofe. Esta muerte llenaba de luto á la cristiandad y á la Rusia, y sumergia en el dolor á los Jesuitas, porque hacia mucho tiempo que Gruber aparecia como la Providencia visible de la Orden de san Ignacio.

El P. Lustig, nombrado vicario, reunió la Congregacion el 27 de agosto, y el 2 de setiembre el P. Tadeo Bzozowski fue elegido general del Instituto. Gruber lo habia dejado todo tan admirable-

mente preparado, que su sucesor no tuvo que hacer otra cosa que recoger la cosecha. Los Jesuitas, seguros desde entonces de tener un porvenir, se ocuparon en perpetuar la enseñanza por la creacion de profesores, aparte de los de la universidad rusa. Altamente persuadidos de que todo privilegio exclusivo en el Estado no es mas que el permiso legal de hacer mal alguna cosa, elevan memorias al Emperador, en que se presenta la concurrencia en materia de instruccion pública como ventajosa á la moral y á la ciencia, cual una garantía que se debe á los Padres. Estas memorias, la última de las cuales lleva la fecha del 11 de setiembre de 1811, produjeron una viva impresion sobre Alejandro. Ponian á su vista los vicios de la enseñanza, y le ofrecian el medio de combatirlos, estimulando la ambicion, y concediendo á cada familia la libertad de elegir. La invasion de la Rusia por los ejércitos franceses no permitió al Emperador poner en planta este principio, del cual su carácter, naturalmente justo, se prometia venturosos resultados. Empeñado en una guerra santa, tenia que preservar su patria de la servidumbre, ó sepultarse bajo las ruinas del Imperio, y se aplazaron para tiempos mas serenos aquellos proyectos de reforma. Cuando sonó la hora de plantearlos, Alejandro, dominado por otras ideas y asustado del movimiento católico que se propagaba en la alta nobleza y en el pueblo, desistió de hacerlo.

La guerra estallaba: Napoleon se arrojaba sobre la Rusia. Retirados en sus colegios los Jesuitas no experimentaron sino de rechazo, por decirlo así, los golpes de la calamidad. Vieron pasar al Emperador de los franceses marchando á la conquista de Moscou. Recibiéronle en Polotsk, y después á la vuelta del grande ejército, en la terrible conjuracion de los elementos contra el valor, corrieron á ofrecer al cuerpo del mariscal de Bellune los servicios de caridad que habian prestado ya antes al del mariscal Gouvion-Saint-Cyr. En medio de aquellas batallas gigantescas, en las cuales se jugaba el destino del mundo, los Jesuitas no podian esperar sino sufrimientos. El P. Richardot fue el amigo de los soldados franceses, sus compatricios; y tanto en la prosperidad como en la desgracia se vió á todos los hijos de san Ignacio atraerse el respeto de los dos ejércitos por su humanidad, que no se desmintió jamás.

Los acontecimientos militares y los cambios de dinastía influian en la suerte de la Compañía. Apenas instalados en Nápoles, los

Jesuitas se vieron obligados desde el mes de marzo de 1806 á volver á tomar el camino del destierro. José Bonaparte se sentaba por órden de Napoleón en el trono de Fernando IV, y el *Monitor* anunciaba lacónicamente que la casa de Borbon había dejado de reinar. Los Padres experimentaron los vaivenes de su mala fortuna. Pio VII abrió á Pignatelli y á los discípulos del Instituto sus Estados, de los cuales debía verse privado muy pronto por la violencia. Se le hace presente que obrando así atrae sobre su cabeza el enojo imperial. «Sufren por la Santa Sede y por la Iglesia, res-ponde el Papa; debo seguir el ejemplo de Clemente XIII.» Lambruschini, obispo de Orvieto, da su seminario á los desterrados, los cuales lo convierten en noviciado de la Compañía. En él fueron recibidos Luis Fortis y Ángelo Mai, el sabio cardenal. Los demás obispos de la Romanía siguen aquel ejemplo; Pignatelli dispersa á sus hermanos, á fin de no comprometer al Pontífice que le ofrece una peligrosa hospitalidad. Los Jesuitas sufren todavía los golpes de la persecución, y el Papa y los cardenales se encuentran, como ellos, cautivos ó reducidos á la miseria. Los religiosos de los diferentes Institutos ven sus propiedades secuestradas por la autoridad militar, y Pignatelli invoca la caridad de los fieles. No reclama ningun socorro en favor de los Padres, avizados al sufrimiento; pero mendiga en Roma para el soberano Pontífice y para los príncipes de la Iglesia. Tantas y tan variadas fueron las tribulaciones que asaltaron aquella existencia que Dios parecía haber destinado á las prosperidades y á las glorias humanas, que sucumbió bajo el peso de los tormentos. Vivió en la proscripción, y el 15 de noviembre de 1811 murió en la alegría que inspiran las tribulaciones á las almas cristianas: murió después de cuarenta y cuatro años de destierro, y su postrer suspiro fue un himno de esperanza.

Esta se hallaba en todos los corazones. La Iglesia sufría en su Jefe y en sus miembros; algunos prelados galicanos, y entre otros Du Voisin, de Pradt y Beaumont, quisieron inmolar el sacerdocio al imperio, y mas cortesanos que obispos, sostuvieron á Napoleón en su guerra contra el trono pontificio. El mal parecía inveterado; sin embargo los acontecimientos fueron mas poderosos que todas las voluntades humanas. Ellos arrastraron en su corriente al Conquistador, y volvieron á poner en triunfo en el trono apostólico al Pontífice, á quien las aclamaciones populares consolaron

de una falta arrancada por inauditas asechanzas, y de la desercion de algunos prelados italianos ó franceses.

Durante su largo cautiverio, Pio VII había reflexionado con madurez acerca las causas de tantos desastres. Buscó el remedio; se convenció que era preciso poner un dique á la anarquía que en las ideas y en las doctrinas reinaba, y resolvió pedirlo á la Compañía de Jesús. En 1814 el Papa confesaba lo que el príncipe de Ligne había proclamado en 1786. Al ver la revolucion naciente, ese hombre, cuyo talento fue una de las glorias del siglo pasado, escribía á madama de Choisy: «Yo, que no soy profeta ni en mi patria ni fuera de ella, no ceso de decir hace mucho tiempo á los que quieren oirme, que si no hubiesen sido extinguidos los Jesuitas, no existiría ese maldito espíritu de independenciam, de desórden y de pedantería, ni esa político-manía derramariase como un torrente que amenaza todos los tronos de la Europa.»

Lo mismo que el diplomático republicano Bourgoing en su *Cuadro de la España moderna*, tomo I, pág. 318, Pio VII, dando una triste mirada á la educacion de la juventud, tenia motivos para decir: «Parece imposible el modo con que este ramo esencial de la administracion nacional ha caido de mal en peor desde el instante en que se quitó de las manos de los Jesuitas.» Sabia, como los Anglicanos de buena fe, que la Compañía de Jesús se había conservado desde su origen hasta su último dia, sin tener necesidad de ser reformada; y en 1814 el Papa pensaba lo que dicen los Puseistas de 1844: «Es preciso confesar, establecen como principio¹, que la decadencia de las Órdenes religiosas es un hecho que se ha repetido á menudo de una manera casi increíble después de pasado el primer fervor de su institucion, excepto sin embargo, la ilustre y gloriosa Compañía de san Ignacio, la cual, después de la Iglesia visible, puede considerarse como el mayor milagro que existe en el mundo.»

No fue perdida para Chiaramontí la reaccion nacida á consecuencia de tantas catástrofes. Monje, obispo, cardenal ó papa, había asistido á esa revolucion que la mano de Napoleón, su amigo y perseguidor, no podía refrenar ya con la gloria. Todos los móviles estaban gastados: había pasado su época al entusiasmo y al terror, á la gloria y á la corrupcion. Apoderábanse de los hombres ideas nuevas; y Pio VII, testigo de una transformacion tan

¹ *Lives of the English saints* (1844) tomo VI, pág. 120, *life of S. Adaman.*

repentina, no quiso quedarse rezagado. La Europa entraba en una senda de restauracion; levantábanse de nuevo los antiguos tronos; las dinastías modernas, como las de Murat y Bernadotte, se ponían al servicio del principio de legitimidad; el Papa pensó en realizar la idea de sus dias venturosos ó de sus desastres. Parecióle justo y necesario legar al mundo un grande ejemplo de rehabilitacion. Los Jesuitas habian sido extinguidos, porque los filósofos y los revolucionarios habian creído que su muerte abría el camino al triunfo de sus ideas. Pero el sacrificio impuesto á Clemente XIV ¿tuvo las consecuencias que esperaba de él este Papa? La Iglesia, después de haber sacrificado los Jesuitas, ¿encontró la paz que se le habia prometido? ¿No tuvo que sufrir combates mas fuertes que nunca? ¿No vió á la revolucion levantarse contra ella con el mas temible de los fanatismos? Pio VII contaba esas tempestades de que habia sido testigo ó víctima. La destruccion de la Compañía de Jesús no habia tenido mas objeto que empobrecer la Santa Sede, y privar al catolicismo de una falange siempre dispuesta á la guerra ó al martirio. El soberano Pontífice concibió el proyecto de glorificar esa eterna persecucion; y sostenido por el cardenal Pacca, el animoso compañero de sus sufrimientos, se decide á hacer para el cristianismo lo que hasta entonces no ha hecho sino en el interés de algunos reinos.

«Puede verse aquí, dice el Cardenal ministro de Pio VII en «1814¹, la conducta extraordinaria á la par que admirable de la «Providencia sobre esta célebre Compañía. Bernabé Chiaramonti, siendo jóven benedictino, habia tenido maestros y profesores antijesuitas, que le habian enseñado doctrinas teológicas las «mas contrarias de la Compañía de Jesús: ahora bien, todo el «mundo sabe las profundas impresiones que dejan en el ánimo «las lecciones recibidas en la juventud. En cuanto á mí, habian «logrado inspirarme en la adolescencia sentimientos de aversion, «odio y hasta una especie de fanatismo contra esta ilustre Compañía. Bastará decir que me habian puesto en las manos con órden de que las extractase, las famosas *Cartas provinciales*; primero en francés, y después en latin, con notas de Wendrok «(Nicolás), mas detestables aun que el texto; la *Moral práctica de «los Jesuitas* por Arnauld, y otros libros del mismo género, que

¹ *Memorie storiche*, etc. del cardinale Bart. Pacca, parte terza, c. VIII, página 362. (Roma, 1830).

«leia y creia de buena fe. ¿Quién hubiera podido prever entonces que el primer acto del benedictino Chiaramonti, siendo Papa, al salir de una espantosa tempestad y en presencia de tantas «sectas encarnizadas contra la Compañía, seria su restablecimiento en el universo católico, y que yo seria el que debia preparar «las sendas á este nuevo triunfo, y aquel á quien confiaria el Papa la agradable y honrosa ejecucion de sus órdenes soberanas? «Testigo en Roma de las dos épocas memorables de la extincion «y del restablecimiento del Instituto de Loyola, he podido juzgar «de las diferentes impresiones que produjeron.»

Pacca las refiere del modo siguiente: «El 17 de agosto de 1773, «dia de la publicacion del breve *Dominus ac Redemptor*, se veia la «sorpresa y el dolor pintados en todos los semblantes. El dia 7 de «agosto de 1814, dia de la resurreccion de la Compañía, Roma resonaba en gritos de alegría, en aclamaciones y aplausos. El pueblo romano acompañó á Pio VII desde el Quirinal hasta la iglesia del Gesu, donde se leyó la bula; y la vuelta del Pontífice á «su palacio fue una marcha triunfal.» «He creído deber entrar en «estos detalles, concluye el Historiador, para aprovechar la ocasion de dejar en mis escritos una retractacion solemne de las «conversaciones imprudentes que he podido tener contra una Compañía que ha merecido tanto bien de la Iglesia de Jesucristo.»

En este dia de restauracion, cuya alegría popular describe el cardenal Pacca, publicóse en Roma la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*. El Papa se expresa en ella en los términos siguientes:

«El mundo católico pide á una voz el restablecimiento de la Compañía de Jesús. Todos los dias recibimos á este efecto las súplicas mas eficaces de nuestros venerables hermanos los arzobispos «y obispos, y de las personas mas distinguidas, en especial desde que son generalmente conocidos los abundantes frutos que «esta Compañía ha producido en las comarcas poco antes mencionadas. A mas de que la dispersion de las piedras del santuario, en las pasadas calamidades (calamidades que vale mas en «el dia deplorar que traer á la memoria); la destruccion de la disciplina de las Órdenes regulares (gloria y sosten de la Religión «y de la Iglesia católica, y á cuyo restablecimiento se dirigen en «la actualidad todos nuestros pensamientos y desvelos) exigen «que cedamos á un voto tan justo y general.

«Nos creeríamos culpables ante Dios de un grave delito, si en

« tan grave peligro de la república cristiana, no echásemos ma-
« no de todos los recursos que nos concede la providencia espe-
« cial de Dios, y si colocado en la barca de Pedro, agitada, com-
« batida por continuas tempestades, rehusásemos valernos de los
« vigorosos y experimentados remeros¹ que se ofrecen volunta-
« riamente á romper las olas de un mar que amenaza á cada ins-
« tante con el naufragio y la muerte. Movido por tantos y tan po-
« derosos motivos, hemos resuelto hacer lo que hubiéramos de-
« seado practicar al principio de nuestro pontificado. Después de
« haber implorado la asistencia divina con fervientes oraciones,
« después de haber oído el parecer y los consejos de un gran nú-
« mero de nuestros venerables hermanos los cardenales de la san-
« ta Iglesia romana, hemos decretado, á sabiendas, en virtud de
« la plenitud de la potencia apostólica, y á fin de que valgan para
« siempre, que todas las concesiones y facultades que otorgamos
« antes únicamente al imperio de la Rusia y al reino de las Dos
« Sicilias, se extiendan en adelante á todo nuestro Estado ecle-
« siástico, é igualmente á todos los demás Estados. Por lo cual
« concedemos y otorgamos á nuestro muy amado hijo Tadeo Bzro-
« zowski, en este momento General de la Compañía, y á los de-
« más miembros de la misma que legítimamente delegare, todos
« los poderes convenientes y necesarios para que los dichos Es-
« tados puedan libre y lícitamente recibir y acoger en su seno á
« todos los que desearan ser admitidos en la Orden regular de la
« Compañía de Jesús, los cuales, segun la necesidad serán reco-
« gidos y distribuidos, bajo la autoridad del General interino, en
« una ó muchas casas, en uno ó muchos colegios, en una ó mu-
« chas provincias, donde arreglarán su modo de vivir á la Regla
« prescrita por san Ignacio de Loyola, aprobada y confirmada por
« las Constituciones de Paulo III. Declaramos además (y les con-
« cedemos poder para ello) que pueden libre y lícitamente dedi-

¹ Cuéntase en Roma, que el papa Pio VII quiso introducir en su bula esa imágen de la Barca y de los remeros experimentados y vigorosos, en memoria de un hecho que estaba siempre presente á su corazón. Cuando el general Radet prendió al Pontífice, los Jesuitas de Sicilia fletaron un barco, del cual, á fin de no comprometer á nadie, fueron ellos los únicos pilotos y marineros. Esta embarcación fué á cruzar delante la embocadura del Tiber, y los Padres hicieron que dijese á Pio VII, que se ponían á su disposición, y que podían arrancarle de esta suerte de las manos de sus enemigos. El Papa, sin embargo, rehusó su oferta, diciendo que la persecucion era necesaria, y que no le asustaba.

« carse á educar la juventud en los principios de la religion cató-
« lica, á formarla en las buenas costumbres, á dirigir los colegios
« y los seminarios; les damos autorizacion para confesar, predi-
« car la palabra de Dios, administrar los Sacramentos en el lugar
« de su residencia con el consentimiento y aprobacion del Ordi-
« nario. Tomamos bajo nuestra tutela, bajo nuestra inmediata obe-
« diencia y bajo la de la Sede apostólica todos los colegios, casas,
« provincias é individuos de la Orden, como asimismo todos los
« que á ella se reunirán; reservándonos sin embargo, como tam-
« bien á los Pontífices romanos que nos sucederán, el establecer
« y prescribir lo que juzgásemos mas oportuno para consolidar mas
« y mas dicha Compañía, hacerla mas poderosa, y limpiarla de los
« abusos, si, (lo que no permita Dios) pudiesen introducirse en
« ella alguna vez. Ahora nos falta exhortar de todo corazón y en
« nombre del Señor á todos los superiores, provinciales, rectores,
« individuos y discípulos de esta Compañía, que en todos tiem-
« pos y lugares se manifiesten fieles imitadores de su Padre; que
« observen con exactitud la Regla dada y prescrita por este grande
« Fundador, y que obedezcan con un celo siempre creciente las
« advertencias útiles y los consejos que dejó á sus hijos.

« Por último, recomendamos con mucha instancia en el Señor
« la Compañía y todos sus individuos á nuestros estimados hijos
« en Jesucristo los ilustres y nobles príncipes y señores tempora-
« les, como tambien á nuestros venerables hermanos los arzobis-
« pos y obispos, y á todos los que se hallan constituidos en digni-
« dad. Les exhortamos y suplicamos, no solo que no toleren que
« esos religiosos sean molestados de ninguna manera, sino que
« vigilen para que sean tratados con bondad y caridad, como con-
« viene.»

Esta bula fue promulgada en la iglesia del Gesu en presencia de todo el sacro Colegio y de los patricios de Roma, y el P. Panizoni, provincial de Italia y general interino, la recibió de las manos del Papa. Todos los antiguos Jesuitas que habian podido concurrir á esta ceremonia estaban allí, saludando con lágrimas de piedad filial á su Madre que salia de la tumba. En las familias mas tiernamente unidas no es muy duradero el pesar que deja la muerte. El que sobrevive se crea nuevas necesidades ó se arregla otra existencia. El tiempo borra hasta el recuerdo del difunto, y si le fuese posible resucitar, no encontraria entre sus parientes sino alegría for-

zada, ó un pesar manifiesto de tener que verle otra vez. Un sentimiento muy distinto llena el corazón de aquellos ancianos Padres, que han vivido esperando esa resurrección. Ochenta y seis ancianos se apresuran á tomar sobre sí el yugo de la obediencia. Alberto de Montalto, de ciento veinte y seis años de edad, y que ha sido Jesuita por espacio de ciento y ocho¹, se halla al frente de aquellos veteranos de la Orden. Había un inmenso vacío que llenar, y los jóvenes herederos de las grandes familias de Italia se ofrecen á ello. Al lado de los Angiolini, de los Crassi y de los Panizoni, se ven levantarse los Altieri, Pallavicini, Patrizi, de Azeglio, Ricasoli, quienes en unión con los PP. Pianciani, Sino- ne, Manera y Secchi, llevan el vigor á ese cuerpo, cuyo valor no ha cedido nunca en ningún peligro.

La Compañía de Jesús renacía después de la tormenta que estalló después de su destrucción. La desgracia había debilitado los odios pasados. La España fue la primera que abrió sus puertas á la Compañía. Los PP. Manuel de Zúñiga, Faustino Acevalo, Francisco Masdeu, Pedro Roca, Juan de Osuna, José Ruiz, Soldevilla, Goya, José Zenzano, Pedro Cordon, Montero, Ochoa, Gaspar de Lacarrera y Villavicencio, distinguidos todos como oradores, historiadores ó profesores, conducían á su patria esa colonia de cien desterrados que habían sobrevivido á tantas miserias. Como Andrés, Juan de Ocampo, Hilario de Salazar, Joaquin Pla, Raimundo de Aguirre é Iturriaga, que se habían quedado en Italia, habían glorificado el Instituto con su mérito, é iban á propagarlo en su nueva existencia. El 29 de mayo de 1815 el rey de España, nieto de Carlos III, promulgó un decreto restableciendo la Compañía. A excepcion del príncipe del Brasil, regente de Portugal, todos los demás soberanos de Europa se adhieron, al menos con su silencio, á la bula del 7 de agosto.

La revolución había diezrado un gran número de Jesuitas; así es que no fue posible reunir muchos que comenzasen en Francia la obra á que se consagraban. Sin embargo, los PP. Simpson, de Poriviere, Barruel y Fontaine no desmayaron. Acogieron en sus filas á Tomás y Godinot-Desfontaines, antiguos doctores de la Sorbona, á Loriguet, Désbrosses, Druilhet, Jennesseaux, Barat y Varlet, quienes bajo el nombre de Padres de la Fe habían traba-

¹ El P. Montalto, nacido en 13 de mayo de 1689, había entrado en la Compañía el 12 de setiembre de 1706.

jado, cada cual según su celo y fuera del Instituto, en la reconstrucción del edificio.

Apenas salían del suelo esos nuevos cimientos, cuando la asaltan nuevas tempestades. Los Jesuitas serán el blanco de las mismas hostilidades que antes; y sin embargo vuelven á entrar en la lid con aplauso de los Luteranos, de los cuales se instituye intérprete Kern, uno de los profesores más estimados de la universidad de Getinga. «El restablecimiento de esta Orden, decía, lejos de deber causarnos ningún recelo, es por el contrario un feliz presagio para nuestro siglo. Según su organización y tendencia, el Instituto es el más fuerte dique que pueda oponerse á las doctrinas irreligiosas y anárquicas. Según confesión de algunos protestantes, y Juan de Muller entre otros, quien se adelantaba hasta á decir:—Que la Orden de Jesús forma un muro común á todas las autoridades,—los Jesuitas atacan el mal hasta en sus raíces; educan á la juventud en el temor de Dios y en la obediencia. Verdad es que no enseñan el protestantismo; pero ¿tenemos por ventura derecho de exigir que los Católicos enseñen otra cosa que el dogma de su fe, y que desechen los medios más seguros de hacer fructificar su enseñanza? ¿Se han visto salir jamás de los colegios de los Jesuitas doctrinas cual las de nuestras modernas escuelas? ¿Han predicado alguna vez la soberanía del pueblo y todas sus funestas consecuencias, como se hace en el día en nuestras universidades protestantes? La experiencia nos ha probado cuánto han adelantado las doctrinas irreligiosas y anárquicas desde la supresión de los Jesuitas.—Las universidades y las facultades filosóficas, dice Dallas, protestante inglés, reemplazaron por todas partes en el Continente los colegios de los Padres. Desde entonces la fe y la razón cesaron de estar unidas en la enseñanza. Prefirióse la razón con todos sus errores, como lo que hay de más elevado en el hombre: la fe se vió abandonada, puesta en ridículo, y conocida únicamente bajo el nombre de superstición. En 1773 Clemente XIV abolió la Orden de san Ignacio, y en 1793 un rey de Francia fue decapitado. La razón fue convertida en un dios, y se le abrieron templos.» ¿Qué tiene pues de extraño, después de todo eso, que el Papa y los príncipes católicos reinstalen unos hombres cuyos servicios han sido apreciados por los Protestantes, por Leibnitz y hasta por Federico II?